

PEDAGOGÍA DE LA ACTITUD, FRUTO DE LA EXPERIENCIA DOCENTE

Itziar Zubillaga Ruenes
María Isabel Gutiérrez Niebla

RESUMEN

Este escrito plantea la necesidad y responsabilidad que asume el docente de generar actitudes positivas, de acogimiento y de inclusión, en los momentos de cambio en el desarrollo humano y en el ingreso de los alumnos a nuevos niveles de escolaridad —inicio del preescolar, del nivel básico: primaria y secundaria, y del nivel superior—. Este proceso considera al conocimiento de la persona humana como asidero, entablando la vinculación con la didáctica como medio idóneo para promover virtudes expresadas en disposiciones. Todo lo anterior con base en la experiencia docente vivida a lo largo de los años de formación.

Palabras claves, acogimiento; inclusión; vinculación; didáctica; virtudes; experiencia docente.

ABSTRACT

This document establishes the necessity as well as the responsibility of teaching to develop positive attitudes in order to receive and to include change moments related to the human development and the entrance to new student school levels —starting with preschool, basic level: elementary and secondary, and university—, considering human knowledge, as the handle and establishing the relationship with didactics as the state of the art to promote virtues that could be expressed in arrangements. All these statements are based on teaching experience during personal development.

Key words: *welcoming; inclusion; link; didactics; virtues; docent experience.*

TESTIMONIO

El primer día de clases, ha sido y será siempre un día especial; es el inicio de una nueva aventura, un nuevo reto lleno de esperanza y optimismo, de alegrías y tristezas, de enojos y frustraciones, de triunfos y fracasos, sobre todo un año más de experiencia de vida ante aquellos que esperan tanto de nosotros: conocimientos, habilidades..., pero sobre todo actitudes positivas que permitan un ambiente cordial y ameno, donde todos podamos aprender.

Es la hora de entrada. Llegan los alumnos, el primer encuentro con todos y cada uno de ellos; aquel que se precie de ser un buen docente, podrá observar que sus caras nos expresan un sinnúmero de emociones: sonrisas, lágrimas, seriedad, nervios, temor, indiferencia, expectativa. Algunos dudan si entran o no al plantel, conversan entre ellos, otros piden ayuda, buscan a sus amigos del año anterior para sentarse juntos, varios prefieren sentarse hasta adelante, hay quienes se ubican en el fondo del salón.

Recuerdo muchos inicios de clases, unos más agradables que otros, pero hay uno que significó algo más para mí y que marcó en mi vida un gran reto, al descubrir lo que, gracias a Sergio, desde ese día sería siempre un aspecto esencial en mi trayectoria como docente.

Lo vi llegar, tomado de la mano de su mamá y aferrado a su «lonchera», su uniforme impecable, los zapatos brillaban al igual que las lágrimas que rodaban por su carita. Al llegar a la puerta del salón, abrazó la pierna de su mamá pidiéndole que no lo dejara ahí; ella, con mucho cariño, se arrodilló y lo abrazó informándole que vendría en un rato por él, que yo lo cuidaría *igual que ella* —primer gran compromiso—, eso no fue suficientemente convincente y él volvió a suplicar para que no lo dejara. Entonces me arrodillé, le llamé por su nombre y le hablé con suavidad, reforzando lo que su mamá le acababa de decir. En ese momento, la mamá soltó a Sergio, salió casi corriendo y con lágrimas en los ojos —algo que nos sucede frecuentemente a algunos padres que dejamos a un hijo por primera vez en el colegio—. Sergio y yo entramos muy lentamente tomados de la mano al salón; de repente me soltó y se quedó parado en el centro del salón con la mirada fija en el decorado, no veía nada más. Lo dejé mientras atendía a los demás, pero sin dejar de observarlo.

Cuando al fin los papás salieron del colegio y las puertas del mismo se cerraron, comenzamos a saludarnos. Yo indicaba el lugar donde podían colocar sus «loncheras» y sus suéteres; unos se sentaban en los lugares que habían elegido, otros revisaban todo lo que había en el salón; algunos ya se conocían del año anterior, por lo que no requerían adaptación al colegio y a sus instalaciones, y mostraban gran seguridad. Sin embargo, otros no, pero estaban bastante tranquilos, acogidos por mí y por los otros compañeros. Pero alguien permanecía en el lugar donde me soltó la mano sin moverse, y ése alguien era Sergio. Estaba paralizado, mirando hacia el decorado como queriendo reconocer las figuras que adornaban el salón. Pensé que, en cualquier momento, me pediría algo o se acercaría a alguno de los niños, pero no fue así.

Cuando al fin logramos organizarnos, me percaté que la mayoría ya había notado la actitud de Sergio y empezaría a reaccionar ante ello, por lo que me le acerqué, arrodillándome y mirándolo a los ojos le pregunté que si quería que lo abrazara. Me respondió afirmativamente con un leve movimiento de cabeza y a punto de estallar en llanto, eso me preocupó porque el llanto, al igual que la risa, es contagioso y más en las circunstancias en las que nos encontrábamos —segundo gran reto—. Lo tomé en mis brazos, notando que su corazón latía a mil por hora. Muy quedito, comencé a cantar una melodía que sabía que les gustaba mucho a los niños; abrazados, nos balanceábamos suavemente

y comencé a mirar y a sonreírles a los demás. Conforme cantaba, usando diferentes tonos de voz como la canción lo pedía, empecé a caminar con Sergio tomados de la mano, le pregunté si quería dejar su «lonchera» y me dijo que no. Nos sentamos en una mesa donde había dos lugares vacíos, cada uno en una silla. No le solté la manita hasta que noté que sonreía ante los gestos que yo hacía cantando. Terminó la canción y al ponerme de pie para buscar a mi amigo, el payaso Margarito, Sergio como si fuera un resorte se puso de pie y se sujetó de mi delantal. Lo volví a tomar de la mano, se la apreté con cariño y le dirigí una sonrisa, él también sonrió. Les presentamos juntos a Margarito, «el payaso más bonito». Les dije que Margarito les quería contar un cuento muy lindo, por lo que todos nos íbamos a sentar en el tapete verde a escucharlo.

En ese momento, dos niños tomaron a Sergio de la mano y lo llevaron al lugar indicado. Ya sentados en el tapete verde, y dispuestos a escuchar a Margarito, Sergio se puso de pie y se sentó junto a mí; lo notaba más seguro. El cuento salió de la imaginación de Margarito y mía: les narraba el día que fue por primera vez al kínder. Realmente Margarito, el payaso, además de bonito era muy chistoso y divertido, por lo que fácilmente hacía reír a los niños, incluyendo a Sergio.

Al terminar el cuento, y después de que Margarito se despidió, le pedí a Sergio que lo guardara en su caja, pues ya sabía dónde estaba. Se me quedó mirando, dudé que se levantara y aceptara la tarea, pero cuando otros niños se ofrecieron a llevar a Margarito a su lugar, Sergio se levantó, lo abrazó y lo llevó a su caja; los demás se fueron a sentar. Cuando Margarito quedó guardado, le di las gracias y un beso a Sergio, enseguida brincó, me dio un gran abrazo y las gracias, y corrió a sentarse a su lugar.

Por unos segundos, la que quedó paralizada fui yo. El primer día de clases concluyó y cuando la puerta del colegio se abrió para que entraran los papás por sus hijos, vi con gran emoción cómo Sergio recibió a su mamá: la tomó de la mano y la llevó donde yo me encontraba, preguntándome si mañana iba a estar yo ahí. Le contesté que sí, que todos los días estaría yo ahí. Sergio volteó, sonriendo, a ver a su mamá y le dijo: *¡Entonces, mami, mañana sí quiero venir!*

Cada año, el primer día de clases, recuerdo a Sergio y a muchos otros alumnos que pasaron por mi salón. Necesito recordarlo porque, como

docentes, nuestra experiencia nos va haciendo cada vez más expertos en la materia, pero no debemos olvidarnos que trabajamos con personas únicas e irrepetibles, y que es parte de nuestra naturaleza el saber acoger, el saber reconocer las necesidades de otros y que de nuestro ejemplo, disposición, sentido común y compromiso, depende que cada uno de nuestros alumnos pueda crecer alegre y seguro de sí mismo, reconociendo sus capacidades y limitaciones, sabiendo resolver los problemas que la vida les presenta, aplicando no sólo los conocimientos que construyen mediante aprendizajes significativos, sino las habilidades y actitudes que han desarrollado a lo largo de su vida escolar y que han aprendido de sus profesores, no sólo por su erudición, sino por el testimonio de vida que éstos les han dejado.

El compromiso y la disposición siempre deben estar presentes en ese primer día de clases, sin importar qué edad tengan los alumnos, porque tanto en preescolar como en los demás niveles educativos —incluyendo la educación superior—, siempre habrá un primer día de clases y un «Sergio» que puede entrar al salón. La actitud frente a cada estudiante necesita ser de apertura, de interés, de realmente «querer observarlo» —no sólo mirarlo—, de saber reconocer en cada uno lo que en ese momento necesita.

La actitud que el docente mantiene dentro del aula es cien por ciento significativa para el estudiante, y se puede elegir entre la indiferencia y la soberbia, o entre la empatía y la humildad. Es recomendable considerar las necesidades afectivas de la persona en cada etapa de su vida, ya que en ello va implícita, en gran medida, su disposición y seguridad para aprender.

El testimonio anterior es una manera de comprender la importancia de las actitudes en la vida del alumno¹ y del docente², de esas

¹ El alumno es quien ha de recibir las primeras manifestaciones de actitudes positivas por parte del docente para integrarse y adecuarse afectiva y socialmente a los cambios que le implican la vida académica, acompañados de las propias evoluciones cronológicas y personales.

² El docente, como adulto responsable, maduro, profesional y sobre todo comprometido con la educación (propia y de los demás) es quien ha de ejemplificar, de mediar, de otorgar, de vivir, en primera instancia, las actitudes positivas que acojan al alumno para facilitar su proceso de adaptación al cambio en su vida académica.

disposiciones de apertura, optimismo, acogimiento, magnanimidad, etcétera, que han de desarrollarse para lograr una adecuación óptima en los momentos de cambio de la vida académica, reconociendo a la persona en su integralidad.

PERSONA HUMANA, EJE PROTAGÓNICO DE LA EDUCACIÓN

La persona es un ser compuesto de cuerpo (componente material) y de alma (principio de vida que lo anima). Esta alma es racional, puede aprender, actuar y hablar sobre lo que conoce; puede amar o rechazar lo que le rodea y tiene la capacidad de desarrollar las competencias humanas para aprender a ser, a hacer, a querer y a trascender.

«La persona para su desarrollo debe captar lo que le rodea y, al conocer lo externo, sufre en sí misma modificaciones que la sensibilizan internamente y que la llevan a experimentarse y, por tanto, a profundizar en su propio conocimiento»³. Todo lo que la persona capta, afecta su unicidad como ser bio-psico-social-espiritual-trascendente, ya que en sí misma no puede concebirse de manera separada.

La persona humana necesita vivir en unidad, asumiendo que lo que es, piensa y hace, trasciende en otros, a través del servicio; esto lleva a la reflexión acerca de un actuar coherente⁴, congruente⁵ y consistente⁶, así como eficaz⁷ y eficiente⁸ para todo lo que emprende en los diferentes ámbitos en donde se desempeña y sobre todo en el académico, tema que nos ocupa en este escrito.

³ LÓPEZ DE LLERGO, A.T., **Valores, valoraciones y virtudes. Metafísica de los valores**, p. 29.

⁴ Se entiende por *coherencia* la actitud ordenada lógicamente y, en consecuencia, con estructuras previas.

⁵ *Congruencia* es lo conveniente de acuerdo con una relación lógica.

⁶ *Consistente* es quien persiste de manera estable y sólida.

⁷ *Eficacia* es la aptitud de logro de lo planeado, es hacer lo que se debe hacer.

⁸ *Eficiencia* es el logro de un trabajo bien hecho en tiempo y forma.

Para el docente, por lo tanto, es fundamental vivir la acción educativa acorde con lo que es, piensa, dice y hace en su vida diaria, de tal manera que pueda lograr aquello que se ha propuesto en su proyecto de vida y sobre todo en su proyecto de vocación profesional, obteniéndolo de la mejor manera, como una tarea bien hecha, bien estructurada, conforme a la intención que se tenga para con los alumnos. En una palabra: *querer* su vocación; lo que realiza dentro y fuera del aula.

El docente y los alumnos son protagonistas activos en el proceso educativo y necesitan comprender que enseñar no es una simple y llana transmisión de información, y que aprender no es una mera repetición mecánica de conceptos o conductas; no se puede ni se debe reducir a eso el quehacer educativo. «El elemento central está en la relación entre los actores de estos procesos de enseñanza y aprendizaje [así en plural], en lo que ambos consiguen alcanzar juntos, pues el conocimiento, ante todo, se construye y reconstruye *socialmente*, y sólo mediante ello transforma la manera de ver el mundo y de actuar en el mismo»⁹.

Cuando el educador se asume como un agente de cambio, es porque ha reflexionado acerca de su vocación, disposición y convicción personal en un acto consciente y voluntario, en donde intervienen sus conocimientos, sus habilidades y sobre todo sus actitudes; de ello dependen las relaciones interpersonales y la disposición para las mismas. Una actitud optimista, de apertura al diálogo y una buena comunicación con los alumnos, influye positivamente asegurando una mejor interacción durante el proceso educativo.

Para que el docente transmita las actitudes adecuadas es importante que identifique y conozca la etapa de desarrollo en la que se encuentran sus alumnos. Así, su intencionalidad educativa se dirigirá a los intereses y necesidades propias de la edad, confirmando la unidad del ser humano como eje protagónico de la educación.

⁹ MENDOZA BUENROSTRO, G.J., *Por una didáctica mínima. Guía para facilitadores, instructores, orientadores y docentes innovadores.*, p. 33.

DESARROLLO HUMANO, COMPAÑERO INSEPARABLE DEL DOCENTE

Si retomamos el testimonio inicial, se infiere que existen cuatro momentos en el transcurso del desarrollo humano¹⁰ que destacan en cambios profundos para la vida académica de la persona: el ingreso —por vez primera— al ámbito escolar; el paso de preescolar a primaria; el cambio de primaria a secundaria, y la adecuación del nivel medio superior al superior. Estos cuatro períodos, llevan implícito un trabajo sustancial por parte del alumno y del docente en el aspecto del desarrollo humano que se identifica como afectivo-social¹¹ y que incide directamente en las actitudes.

En cada uno de estos momentos, el desarrollo afectivo-social se expresa de la siguiente manera:

Alrededor de los tres años es cuando el infante¹² pasa a ser niño¹³ y llega —por lo general— el momento de integrarse a la escuela.

¹⁰ El desarrollo humano es el transcurrir de la vida; es el estudio a nivel científico de los cambios gestados en cada ser humano, la permanencia de algunos de ellos, las generalidades humanas y la individualización de dichos cambios en cada persona única e irreplicable. El desarrollo humano incluye etapas evolutivas que son: infancia (desde la concepción hasta los tres años), niñez (segunda: de los tres a los seis años; tercera: de los seis a los doce años), adolescencia (pubertad: de los doce a los catorce años; media: de los catorce a los diecisiete años; final: de los diecisiete a los veintiún años), adultez (juventud: de los veintiuno a los cuarenta años; intermedia: de los cuarenta a los sesenta y cinco años; tercera edad: de los sesenta y cinco años en adelante).

¹¹ El desarrollo afectivo-social conlleva a los sentimientos que son aquellas alteraciones del ánimo que permanecen, por períodos de tiempo relativamente duraderos, con una intensidad de moderada a baja, y que denotan valencias positivas y negativas. A las emociones conceptuadas como alteraciones del ánimo, intensas y pasajeras que expresan agrado o pena. A los estados de ánimo que son las disposiciones bajo las cuales se encuentra una persona por cierto período de tiempo manifestando, en general, alegría, tristeza, abatimiento, etcétera, como propensión general. Asimismo, involucra a las relaciones interpersonales que son las que se gestan con los demás y la relación intrapersonal que es el convivio con uno mismo.

¹² Infante es aquel que cuyo lenguaje (interno y externo) aún no es lo suficientemente comprendido por él mismo.

¹³ Niño es aquel cuyo lenguaje interior y expresivo es comprendido por sí mismo.

Es sabido que el niño se encuentra en el aspecto afectivo-social al mostrar la confianza adquirida «por una sensación de comodidad física y una experiencia mínima del temor y la incertidumbre»¹⁴ que ha desarrollado en la protección parental y familiar, o bien, se conduce por la desconfianza¹⁵ ante la presencia de nuevas experiencias. También se manifiesta por la autorregulación intentando realizar, por sí mismo, diferentes actividades como: controlar esfínteres, comer y vestirse solo. Lo anterior lo ha adquirido en los primeros 36 meses de vida y, al momento de ingresar a la escuela, expresará la confianza o la desconfianza, y la autorregulación al relacionarse con personas diferentes a las que habitualmente ha convivido. Este ingreso es una manera de consolidar lo que ahora es capaz de realizar por sí mismo y del control de su propio ser. El niño primerizo, al ingresar al preescolar, sabe manifestar alegría, tristeza, miedo y enojo. En este período de la vida académica, el docente debe prepararse para, desde un principio, acoger a todos sus alumnos, pero especialmente a aquéllos para quienes el proceso sea más doloroso, comprendiendo que para el niño es una pérdida el dejar el confort de su hogar para llegar a un espacio en el que ha de adecuarse por sí mismo y en donde debe compartir al docente con otros compañeros. Este cambio es, de alguna manera, una huella de abandono que el niño vivencia: deja su ritmo hogareño y cotidiano para enfrentarse a una vida escolar que demanda la utilización de sus aprendizajes sociales y afectivos para relacionarse con los demás y para aprender.

El segundo paso de adecuación académica es el correspondiente al término de los años preescolares para ingresar a la primaria. La época escolar, el transcurrir de seis años, exige un comportamiento afectivo-social más lógico, ordenado y formal. Ahora es el momento en que los niños expresan «la autodefinición, cuando comienzan a identificar un conjunto de características para describirse a sí mismos»¹⁶ y su identidad de género, mediante conductas observables en las relaciones con sus coetáneos y docentes, «[...] siendo demasiado evidente que intentan obtener del maestro una atención muy personal»¹⁷; además

¹⁴ MAIER. H., *Tres teorías sobre el desarrollo del niño: Erikson, Piaget y Sears.*, p. 39.

¹⁵ Ídem.

¹⁶ PAPALIA, D.E., *Psicología del desarrollo.*, p. 415.

¹⁷ WALLON. H., *La evolución psicológica del niño.*, p. 168.

de que el niño va alcanzando un desarrollo afectivo que inicia con la incomprensión de que dos sentimientos puedan existir en él mismo y hacia el mismo objeto, hasta la comprensión de que pueden tenerse sentimientos contradictorios hacia una misma persona, objeto, hecho, etcétera, al mismo tiempo. Socialmente, evidencia la disciplina y los hábitos adquiridos a lo largo de su existencia; expresa la interiorización de aquellas actitudes, virtudes y valores que la sociedad le ha enseñado y se convence de que son comportamientos deseables y esperados por los demás. Para que el alumno escolar logre un sano desarrollo de lo anterior, es fundamental que el docente que lo recibe en el primer grado de primaria, sepa comprender el estadio por el que el niño atraviesa y, sobre todo, disponga de actitudes —como la comprensión y el entusiasmo— para lograr que perciba, por él mismo, que es capaz de asumir, solucionar y adecuarse a las nuevas exigencias académicas, de acuerdo con su particular manera de ser, afianzando de ese modo su personalidad.

El tercer cambio observado como sobresaliente para la adecuación de la vida académica de cada persona, es cuando el alumno culmina su formación básica escolar e inicia la etapa de adolescente, ingresando al primer año de secundaria.

Este cambio se caracteriza por «conductas afectivo-sociales que conllevan la afirmación de la identidad frente al conflicto de identidad»¹⁸ que se presenta al inicio de esta etapa y se cierra en la juventud. La identidad conlleva el cuestionamiento personal de los valores y creencias que antes se asumían de acuerdo con la familia y a la sociedad, y ahora han de reafirmarse por la propia reflexión para formar un *yo* congruente. Afectivamente, el adolescente presenta cambios de estados de ánimo frecuentes, lo que provoca diversidad de conductas ante el docente, quien ha de tener la disposición de conocer a sus alumnos para ayudarlos en la identificación de su ser.

El cuarto y último paso de adecuación en la vida académica es el cambio de la educación media superior a la superior: se concluye la preparatoria y se accede a la institución universitaria. Durante este período, el alumno se encuentra en la adolescencia final y en el umbral

¹⁸ PAPALIA, D.E., **Desarrollo humano**, p. 469.

de la adultez. Socio-afectivamente se ubica en el momento en que las relaciones interpersonales se vuelven amplias y desaparece la exclusividad, siendo las amistades más firmes y duraderas; los sentimientos, emociones y estados de ánimo son más concretos y estables. Es un período de decisiones profundas en cuanto a la profesión elegida. El ingreso a la universidad es un momento de incertidumbre en donde el alumno espera haber decidido adecuadamente su vocación y tiene profundas expectativas ante sus estudios académicos elegidos. Los docentes universitarios poseen el compromiso de fortalecer la decisión contraída por los alumnos y recibirlos en la educación superior, considerándolos como seres humanos capaces de adoptar decisiones.

De acuerdo con los cuatro momentos trascendentes de la adecuación de la vida académica de la persona, se considera que son las actitudes las que facilitan el acomodamiento en esos períodos de transición. Estas actitudes son el reflejo, por parte del docente, de acoger a los alumnos en relación con sus condiciones de desarrollo y sus particularidades. En cuanto al alumno, se espera de él una respuesta positiva con base en las actitudes expresadas por los docentes para adecuarse a las condiciones y exigencias escolares y académicas que conlleva cada período.

Por lo tanto, el desarrollo de actitudes positivas es fundamental para el logro de un compromiso en el quehacer educativo en cuanto al aprendizaje por parte del alumno, así como un fortalecimiento de las habilidades del docente para humanizar y profesionalizar su tarea, favoreciendo con esto un sano desarrollo afectivo-social de ambos actores del proceso educativo.

ACTITUD DOCENTE: MODELO DE EJEMPLARIDAD

Las actitudes son disposiciones del ánimo, «[...] inclinaciones afectivas hacia acciones constructivas para el individuo y su entorno, como aquéllas de desaliento ante conductas que puedan lesionar tanto la calidad de vida del sujeto, como, en alguna medida, la de su comunidad»¹⁹, por lo que tanto el docente como el alumno han de desarrollar

¹⁹ DURAN RAMOS, T., «Introducción al estudio de las actitudes», en **Paedagogium**, p. 12.

disposiciones positivas o deseables para lograr dinamismo en su formación. Para ello es vital que quienes coparticipan en el acto educativo tengan la voluntad de adquirirlas de manera personal, consistente, en su propio ser. Las actitudes son parte de la naturaleza humana²⁰, son inherentes a la persona, quien presenta una necesidad de logro y de permanencia afectiva-social.

Las actitudes se desarrollan a lo largo de la vida mediante las creencias generadas del entorno que se observa directamente y de las vivencias hacia personas, acontecimientos o situaciones concretas. Por lo que se infiere que el primer momento en que se gesta una actitud hacia la vida académica es cuando el niño, al ingresar al preescolar, aprende actitudes de acuerdo con la experiencia que vive de dicho suceso, misma que fácilmente puede reproducir en situaciones futuras. Cabe aclarar que lo anterior no es un determinante, que la persona, gracias a la educación, puede cambiar y reaprender; sin embargo, las primeras experiencias son fundamentales en influencia, siendo así que «la totalidad de las creencias de una persona sirve de base informativa fundamental»²¹ para desarrollar sus actitudes. De esto se deriva un ejemplo de Rosenberg:

[Imaginemos] Un hipotético sujeto de cinco años que entra al jardín de niños. Aunque su efecto pudo ser básicamente positivo, desarrolla esta percepción durante el primer día: en el jardín hay muchos nuevos juguetes excitantes, las galletas que le dieron estaban buenas, la maestra leyó historias interesantes para los niños; pero, por otro lado, ella parece mala, él empieza a imaginar que su madre podría olvidar recogerlo para llevarlo a casa. Las últimas dos creencias son inconsistentes con las anteriores y con el efecto positivo inicial. Consecuentemente, el niño experimenta algún tropiezo desagradable al prepararse para su segundo día en el jardín. Desde su propia necesidad de reducir la tensión resultante, y también guiado por las invitaciones y promesas de sus padres, él reexamina la situación del jardín y después del segundo día se llega a autoconvencer de que la maestra no parece mala y de que su madre no olvidará recogerlo. Cambiando estas creencias, él logra una gran

²⁰ Naturaleza humana es lo que le es propio al ser humano, lo que le compete ontológicamente.

²¹ DURÁN RAMOS, T., *op. cit.*, p. 12.

consistencia afectivo-social (también cognitiva) y esto hace que encuentre más fácil llegar al jardín de niños en los días sucesivos²².

Con lo anterior, se deduce que el niño pudo percibir actitudes positivas que lo hicieron regresar y mantenerse en el jardín de niños gracias a factores externos, logrando así una consistencia afectiva-social e interna hacia el acontecimiento, externando disposiciones deseables, dentro de las cuales comprendió que la docente es alguien agradable debido a sus actitudes. Y éstas han de acompañarse de un criterio ético—inseparable de la educación—, para que se conviertan en permanentes.

Las actitudes positivas que el docente logre generar en sus alumnos de manera permanente, previenen que el fracaso escolar sea mínimo, pues además de educar académicamente, el docente los forma para la vida, les enseña a sobreponerse a los cambios, a concentrar su esfuerzo en el logro de objetivos, a desechar el analfabetismo afectivo, el cual tiene consecuencias extremas en el proceso de socialización —depresión, violencia, entre otras—...

Formar en actitudes positivas, acompañadas por principios morales, es una parte de la educación afectiva que, como tal, otorga satisfacción personal en el sentido de superar fracasos, aceptar y dar sentido al dolor, para no ser sólo personas socialmente aceptables, sino seres de donación, generosos y verdaderamente libres.

Al desarrollar el docente sus propias actitudes y propiciar las del alumno, debe considerar la disposición de servicio como primordial, puesto que quien no vive para servir, no sirve para vivir. Darse al otro como docente es crear ambientes de aprendizaje óptimos para que el proceso educativo se pueda llevar a cabo.

La experiencia lleva a concluir que, para crear ambientes de aprendizaje, es fundamental avocarse al campo de conocimiento mesológico de la pedagogía²³, en donde se ubica a la didáctica como el *arte* por medio

²² ROSENBERG, M.J., «Inconsistency arousal and reduction in attitude change», en STEINER, D. y FISHBEIN, M., *Current studies in social psychology*., págs. 124-125.

del cual el docente puede, con actitudes idóneas, transmitir de manera estructurada y ordenada su quehacer educativo.

DIDÁCTICA: MEDIO PARA LA FORMACIÓN DE ACTITUDES

Todo aquel que desea estar al servicio de los demás, requiere de la didáctica. Por ello, hay que comprender por qué ésta puede y necesita ser la estructura en la experiencia docente e incidir en la integralidad de la persona que vive y disfruta de ella. El actuar humano implica una serie de procesos que necesariamente se interrelacionan, puesto que la persona es un ser de trascendencia con potencias espirituales²⁴, y ello le permite actuar conforme a lo que la naturaleza le ha otorgado.

La didáctica²⁵ ayuda al docente cuando su actitud ante el quehacer educativo conlleva una congruencia de vida consistente y coherente con

²³ «[...] hace referencia a los medios de la educación, es decir, al hacer; precisamente por medio de este quehacer se guía la didáctica». Villalobos. E. M., **Didáctica integrativa y el proceso de aprendizaje.**, p. 17.

²⁴ Las potencias espirituales tienen como objeto propio el trascendental, compartido por todos los entes: unidad, verdad, bondad y belleza —trascendentes básicos— no exclusivas de un solo ente. Explica por qué la verdad es objeto de la inteligencia: algo es lo que es y no otra cosa; que la bondad es objeto de la voluntad: todo ente lo tiene por el hecho de ser y, cuando se le conoce, puede despertar deseo y apetencia; que la belleza es objeto de ambas, es decir es la síntesis intuitiva-intelectiva-volitiva de la verdad y del bien; y la unidad, captada por la persona de manera espontánea, debe ser revalorada y defendida para conservar al ente tal cual es. Es el primer trascendental y el fundamento de los demás. No es el ser, sino su primer atributo. Cfr. LÓPEZ DE LLERGO, A. T., **Valores, valoraciones y virtudes. Metafísica de los valores.**, p. 31.

²⁵ Que por su definición es ciencia, teoría, práctica, técnica, arte y tecnología, por su semántica es enseñanza-aprendizaje, instrucción, comunicación de comunicaciones, sistema de comunicaciones del proceso enseñanza-aprendizaje, y por su finalidad, es formación, instrucción formativa, de desarrollo de facultades y creación de cultura. Proviene del verbo *didasko*, que significa «enseñar, instruir, exponer claramente, demostrar». Este *arte de enseñar* hace referencia a guiar y mediatizar los conocimientos y principios, con la instrucción, actividades prácticas y desarrollo de actividades, en todos los ámbitos: familiar, escolar, empresarial y comunitario. VILLALOBOS PEREZ-CORTÉS, E.M., **Didáctica integrativa y el proceso de aprendizaje.**, p. 45.

aquello que es, piensa, dice y hace, considerando además el trabajo eficaz y eficiente donde proyecta toda su vocación y su ser personal.

Cuando se quiere aquello que se hace, el producto —el quehacer educativo— será de excelencia, pues quien lo recibe, si a su vez lo acepta como un bien, estará basándose en una necesidad real y ello lo llevará a actuar de acuerdo con una intención, planeándolo y ejecutándolo mediante una metodología adecuada: estrategias, medios y técnicas, en los tiempos necesarios y en los lugares propicios para que el aprendizaje surja y el docente muestre sus habilidades didácticas, incluidas las actitudes, consideradas al momento de evaluar todo el proceso educativo con la finalidad de que, tanto el docente como el alumno, valoren la trascendencia de las mismas.

La experiencia señala que no todo docente tiene la preparación didáctica y pedagógica en cualquier nivel educativo, pero esto se manifiesta sobre todo a nivel medio y superior, donde el cuerpo docente de cualquier institución se conforma por profesionistas cualificados en sus áreas que desean impartir clases por el gusto de compartir lo que saben o que, al no contar con un trabajo, recurren a la docencia como el medio para desempeñarse profesionalmente. Lamentablemente —siempre existe un «pero»—, no cuentan con el apoyo y el sustento de la didáctica. El dominar una ciencia, una especialidad o una materia no hace al docente, éste va más allá —como ya se mencionó— de la mera información o transmisión de conocimientos.

La docencia es actuar con vocación, convicción, coherencia, congruencia, consistencia, eficacia y eficiencia como persona y como profesional de la educación. En pocas palabras: *la docencia es una actitud de ejemplaridad*. Las habilidades docentes deben ser adquiridas por todo aquel profesional de la educación que desee participar en el quehacer formativo, considerando que las actitudes docentes necesariamente involucran a toda la persona, implican una donación total al quehacer educativo, a los alumnos, a la institución donde se labora y, por consecuencia, a la sociedad. Por ello, «el docente debe estar en constante perfeccionamiento»²⁶, buscando la mejora y el crecimiento personal a través del ejercicio de las

²⁶ Concluir integralmente una obra de manera excelsa.

virtudes. Éstas, junto con la didáctica, proporcionan al docente los medios por excelencia para desempeñarse como tal, considerando todas las áreas del desarrollo humano: física, cognitiva, afectiva y social, además de la imperiosa necesidad de conocer la etapa evolutiva de desarrollo de los alumnos a quienes acompaña en el proceso educativo. Esto lo llevará a considerar, entonces, lo importante que es su disposición, participación, actitud y sensibilidad como docente, cuando un alumno ingresa a un nivel educativo distinto al anterior, facilitándole su adaptación, proporcionándole confianza, apoyo y optimismo en esta nueva etapa.

Con base en lo anterior es necesario considerar aquellas virtudes que todo docente debe ejercitar para vivirlas en su experiencia diaria como persona y como profesional.

VIRTUDES, EXPRESIÓN DE LA EXPERIENCIA DOCENTE

Cuando la persona humana cobra conciencia de lo que la naturaleza le ha otorgado, es capaz de reconocer que es un ser inacabado y que la educación es el camino para la formación y adquisición de virtudes. La familia es la encargada de iniciar este proceso con los hijos, ampliando en la segunda niñez su ámbito social al acudir al preescolar; en este momento, el docente adquiere la co-responsabilidad de formar a los alumnos. Ello implica, por lo tanto, el que éste viva las virtudes de manera personal, fortalezca las ya adquiridas y se empeñe en alcanzar aquellas que representan oportunidad de crecimiento, porque nadie puede dar lo que no posee.

La persona, en el aspecto espiritual, además de inteligencia está dotada de voluntad, y para su formación integral debe ejercitar ambas facultades. En el campo de la voluntad ha de desarrollar también una actitud de autocontrol que le facilitará adquirir virtudes, *hábitos buenos que se integran de manera estable en la personalidad*²⁷.

²⁷ LÓPEZ DE LLERGO, A.T., *op. cit.*, p. 101.

La actitud del docente es factor indispensable para la aceptación y la adecuación del alumno a los inicios de cada nivel educativo para que el estudiante, de acuerdo con su edad, encuentre en la institución y en las personas que en ella laboran, apertura, confianza, acogimiento, etcétera. Para ello, el docente requiere actuar conforme al libre ejercicio de las virtudes.

El verdadero valor del docente es vivir su quehacer educativo con humanismo y profesionalidad, ejercitando todas las virtudes; en concreto, aquellas que favorecen la aceptación y la adecuación del alumno en momentos decisivos que implican cambios en el desarrollo humano, así como en los diferentes niveles educativos. Entonces, se obtendrán como resultado diversos frutos que engrandecen a la persona humana en cuanto a su afectividad, sus actos, sus relaciones y sus actitudes.

Los cuatro valores originarios o fundantes —unidad, verdad, bien y belleza, llamados así porque de ellos se desprenden los demás—, son aquellos que compartimos con todas las personas y nos permiten relacionarnos. Los valores humanos que se desprenden de los originarios son los valores corporales, espirituales y corpóreo-espirituales. De los espirituales se derivan, a su vez, dos tipos de valores: immanentes²⁸ y trascendentes²⁹. De estos últimos —trascendentes— surgen, entre otros: los valores sociales³⁰ y morales³¹, los cuales necesariamente caracterizan la vocación docente, ya que implican un compromiso y responsabilidad, por parte del profesional de la educación, hacia la sociedad. Su misión es la de formar y educar personas, considerando ambas acciones como procesos permanentes desde el nacimiento hasta la muerte; el docente reconoce, entonces, la relevancia de las mismas en la actitud que deberá caracterizarlo. Uno de los valores sociales que necesariamente él debe poseer es la subsidiaridad³², representada por una

²⁸ «Aquellos valores que perfeccionan la naturaleza de quien los posee», LÓPEZ DE LLERGO, A. T. *op. cit.*, p. 196.

²⁹ «Son los valores que benefician a otros». *Ídem.*

³⁰ «Son los valores que se derivan de las diversas relaciones humanas». *Ibidem.*, p. 197.

³¹ «Son los valores que posee toda voluntad». *Ibidem.*, p. 196.

³² «Es la colaboración que completa las carencias de los demás». *Ibidem.*, p. 170.

actitud de orientación y formación hacia el alumno para coadyuvar en su crecimiento y desarrollo continuo.

Es fundamental que el docente fortalezca los valores por medio del ejercicio de las virtudes para alcanzar una armonía en su afectividad, actos y relaciones y, en consecuencia, su actitud frente a la vida será de apertura y optimismo, lo cual forzosamente se verá reflejado en su actuar hacia los alumnos.

Algunas de las virtudes morales que favorecen las actitudes de donación, servicio y acogimiento hacia el alumno son: la prudencia, la generosidad, el optimismo, la longanimidad y la humildad. Cada una produce un fruto que actualiza y engrandece las potencias de la persona y la hace más digna y plena: el amor, el gozo, la magnanimidad, la benevolencia, la honestidad y el equilibrio. He aquí los elementos que darán fundamento a las actitudes que favorecen el quehacer educativo de todo docente.

La *prudencia* es una virtud moral, eje que guía a las demás virtudes y es la encargada de encauzar a los demás —por su condición permite un actuar eficaz, oportuno y preciso de acuerdo con la realidad—, también genera la reflexión para la toma de decisiones, siendo así que el docente es responsable de conducir a los alumnos en momentos de cambio o de crisis, haciéndoles tomar conciencia de las circunstancias en las que se encuentran para lograr un actuar sereno y responsable. La prudencia fortalece a la unidad, a la belleza y al bien como valores originarios, dando como resultado el amor, el gozo y la serenidad, frutos que trascienden en el ser del docente, promoviendo un actuar integrado que sabrá volcar a los alumnos en el momento adecuado y con la ecuanimidad requerida.

La *generosidad* es «actuar a favor de otras personas desinteresadamente, y con alegría, teniendo en cuenta la utilidad y la necesidad de la aportación para esas personas, aunque cueste un esfuerzo»³³, siendo así que el docente ha de estar disponible —en tiempo y en actitud—

³³ ISAACS. D., *La educación de las virtudes humanas y su evaluación*, p. 49.

para ayudar al alumno a adecuarse a su nuevo estatus de desarrollo humano y de escolaridad, esforzándose para hacerle la vida agradable, y buscando desarrollar una relación afectiva de acuerdo con las necesidades de aceptación y de adecuación de cada alumno. La generosidad fortalece tanto a la unidad como a la belleza en tanto valores originarios, produciendo como resultado el amor y la serenidad, frutos que trascienden en las actitudes docentes.

El *optimismo* es una virtud en donde la persona humana:

[...] confía, razonablemente en sus propias posibilidades, y en la ayuda que le pueden prestar los demás, y confía en las posibilidades de los demás, de tal modo que en cualquier situación, distingue, en primer lugar, lo que es positivo en sí y las posibilidades de mejora que existen y, a continuación, las dificultades que se oponen a esa mejora, y los obstáculos, aprovechando lo que se puede y afrontando lo demás con deportividad y alegría³⁴.

El docente, confiado en los conocimientos que posee tanto de la persona humana en sí, como de la etapa de desarrollo en la que se ubican sus alumnos y de las estrategias didácticas que puede utilizar, logra asumir con realismo y objetividad el momento por el que pasan los alumnos y aprovecha las circunstancias de cada uno para afrontarlas con nobleza y agrado. El optimismo fortalece al bien como valor originario, dando como resultado el gozo, fruto que se contagia.

La *longanimidad* es la grandeza de espíritu que permite dotar de sentido a los afectos ante las adversidades. El docente, conociendo los sentimientos y emociones de los alumnos en los primeros días de ajuste escolar, puede enseñarles a organizarse y a comunicar sus inquietudes y experiencias previas, involucrándolos para alcanzar un propósito común. La longanimidad fortalece a la belleza como valor originario, provocando como resultado la magnanimidad, fruto de la confianza en los demás y en sí mismo, y del reconocer la capacidad intrapersonal.

³⁴ *Ibidem.*, p. 83.

La *humildad* es «reconocer las propias insuficiencias, las cualidades y capacidades, y aprovecharlas para obrar el bien sin llamar la atención ni requerir el aplauso ajeno»³⁵. El docente, con base en su experiencia, debe saber acoger con discreción a sus alumnos, con la suficiente confidencialidad para no evidenciar las carencias individuales que ellos expongan y, además, ir reconociendo los dones naturales de cada uno, poniendo atención en sus intereses personales, escuchándolos con vehemencia. La humildad fortalece a la verdad como valor originario, engendrando como resultado la honestidad, fruto de las ideas que se tienen de uno mismo y de los demás, inscritas en la intimidad.

CONSIDERACIONES FINALES

Es fundamental que los educadores se preocupen y ocupen en desarrollar en ellos mismos, y en generar en sus alumnos, actitudes positivas de acogimiento e inclusión en los momentos decisivos de cambio, de acuerdo con la etapa de desarrollo por la que transitan.

Es necesario desarrollar competencias básicas del docente, como la observación, análisis, reflexión y estudio del perfil de cada alumno para atender los requerimientos e intereses de los estudiantes, lo que le permitirá asumir actitudes adecuadas ante el grupo.

El docente debe representar ejemplaridad en cuanto a las actitudes para elevar la conciencia personal, la cual incide en la conciencia social.

El docente ha de estimular investigaciones relacionadas con los cambios evolutivos y de nivel escolar con la finalidad de comprender los factores que concurren en la expresión de conductas actitudinales que desea promover entre los alumnos, siendo esto un campo preventivo para evitar conductas indeseables.

³⁵ Isaacs, O., *op. cit.*, p. 363.

Se requiere de docentes conscientes de su vocación y responsabilidad al estar frente a un grupo de alumnos. Ello implica necesariamente sacrificio, preparación, actualización y disposición para asumir el quehacer educativo con una actitud de apertura, diálogo, esperanza y alegría frente al reto de formar e incidir en aquellos que compartirán la aventura de construir aprendizajes y saberlos aplicar en su vida diaria.

La experiencia afirma que *en el pedir está el dar*, por ello cuando un docente asume que en él está la intención y la disposición de ser mejor —para incidir y obtener lo mejor de cada alumno—, esto lo llevará a cuestionarse si la pedagogía, que estructura y guía su labor docente, es una pedagogía optimista, alegre, una pedagogía de actitud, que promueva la formación de virtudes y el logro de frutos que fortalezcan los valores humanos.

Un docente estará basando su labor educativa en una pedagogía de actitud optimista y apegada a la realidad, si sabe transmitir sus experiencias y conocimientos de una manera positiva, asumiendo que tanto el éxito como el fracaso, las alegrías y las tristezas son ocasiones de crecimiento, de desarrollo y, sobre todo, oportunidades para alcanzar el fin último que es la felicidad y la plenitud de vida.

La pedagogía de actitud permite al docente mostrar que puede asumirse la vida desde dos puntos de vista: uno pesimista y negativo, donde todo se constituye en problema y conlleva a la ansiedad y a una parálisis intelectual, volitiva y afectiva que impide a la persona desarrollarse de manera armónica e integral; y otro optimista y positivo, donde tanto las experiencias positivas como las negativas pueden ser oportunidad de crecimiento, de ejercitar virtudes que fortalezcan a la persona humana de manera que pueda lograr un desarrollo armónico e integral.

Una pedagogía con actitud, favorece no sólo la adaptación y aceptación de los alumnos en los momentos de cambios en su desarrollo humano y de nivel educativo, también propicia ambientes donde tanto el docente, como el alumno puedan conscientemente aportar, generar, compartir y construir aprendizajes y enseñanzas que les permitan aprender a ser, a pensar, a decir, a hacer y a trascender como seres de relación y donación. ■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

DURÁN RAMOS, T., «Introducción al estudio de las actitudes», en **Paedagogium.**, núm. 14., págs. 12-15.

ISAACS, D., **La educación de las virtudes humanas.**, Pamplona, EUNSA., 2000., 475 págs.

LÓPEZ DE LLERGO, Ana Teresa., **Educación en valores, educación en virtudes.**, México., CECSA., 2001., 180 págs.

MAIER, H., **Tres teorías sobre el desarrollo del niño: Erikson, Piaget y Sears.**, Buenos Aires., Amorrortu., 2000., 358 págs.

MARUJO, H.A., *et al.*, **Pedagogía del optimismo. Guía para lograr ambientes positivos y estimulantes.**, Madrid., NARCEA., 2003, 132 págs.

MEECE, J.L., **Desarrollo del niño y del adolescente para educadores.**, México., Mc Graw Hill., 2000., 394 págs.

MENDOZA BUENROSTRO, G.J., **Por una didáctica mínima. Guía para facilitadores instructores, orientadores y docentes innovadores.**, México., Trillas., 2003, 167 págs.

PAPALIA, D.E., *et al.*, **Desarrollo humano.**, México., Mc Graw Hill., 2004., 785 págs.

PAPALIA, D.E., *et al.*, **Psicología del desarrollo.**, Colombia., Mc Graw Hill., 2001., 837 págs.

ROSENBERG, M.J., «Inconsistency arousal and reduction in attitude change», D. Steiner y M. Fishbein (eds.), **Current studies in social psychology**, New York., Holt Rienhart y Winston., págs. 121-134.

SANTROCK, J. W., **Infancia: psicología del desarrollo**, España., Me Graw Hill., 2003, 556 págs.

VILLALOBOS PÉREZ-CORTÉS, E.M., **Didáctica integrativa y el proceso de aprendizaje**, México, Trillas., 2002., 254 págs.

WALLON, H., **La evolución psicológica del niño**, Barcelona., Crítica., 2000., 178 págs.